Amemos a María

P. Remigio Vilariño

Edición de 1936

Este libro es gratuito, de dominio público. Se editó hace más de 80 años y carece de derechos de autor.

* * * * *

Esta imagen de la portada está en dominio público, por deseo expreso del autor, que permite su uso para fines personales y comerciales, además de la creación de obras adaptadas a partir de la imagen original.

Origen: https://pixabay.com/es/photos/nuestra-señora-de-fátima-maria-2533664/

* * * * *

Si usted, lector, propaga este libro, podrá hacer mucho bien a las almas, colaborando en su salvación y santificación, premiándoselo Dios abundantemente.

* * * * *

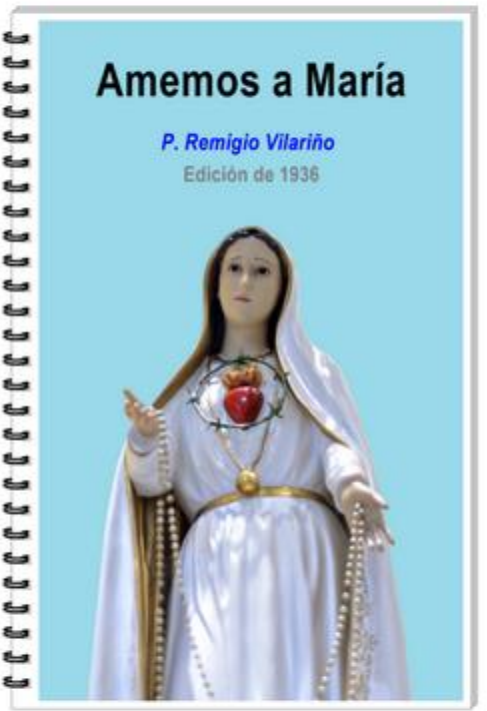
Este libro debe visualizarse al 100% de zoom

Puede descargar más libros como éste aquí:
https://www.mediafire.com/folder/rax8as9udjso8

(Nota del autor de este archivo PDF)

Ruego a usted, amable lector, que pida mucho a Dios por mí. Yo también lo haré por usted. *Muchas gracias.*

Este libro también puede imprimirse



AMEMOS A MARÍA

POR EL

P. REMIGIO VILARIÑO

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS

(6.ª Edición)

BILBAO
El Mensajero del Corazón de Jesús
1936

Imprimi potest:
Rufus Mendizabal, S. J.
Praep. Prov. Cast.

Nihil obstat:
Julianus Eguino

Imprimatur:
Matthaeus, Episcopus Victoriensis
Victoriae, 22 Maii 1936

Imp. Ossorio, Huertas de la Villa, 14. — BILBAO

INDICE

Pág.

1 — INTRODUCCION 5
2 — MARÍA ES MADRE DE GRACIA 6
3 — LA CORREDENTORA 8
4 — NUESTRA CELESTIAL ABOGADA 11
5 — MARÍA PUEDE MÁS QUE TODOS LOS SANTOS 12
6 — LA ABOGADA UNIVERSAL DE TODAS LAS GRACIAS 13
7 — LA MADRE DE LA GRACIA 15
8 — ACCIÓN DE LA ABOGADA DE LA GRACIA 20
9 — NADIE SE SALVA SIN ESTA MADRE DE MISERICORDIA 21
10 — NADIE SE CONDENA CON ESTA MADRE DE MISERICORDIA 22
11 — SED DEVOTOS DE LA MADRE DE LA GRACIA 26
12 — HACED QUE LOS VUESTROS LE SEAN DEVOTOS 27
13 — Y VOS, MADRE DE GRACIA, SALVADNOS 28

AMEMOS A MARIA

I — INTRODUCCION

APENAS hay cristiano que se imagine a Jesús, ni se acuerde de Jesús, ni tenga devoción a Jesús, sin imaginarse, acordarse y tener devoción a María.

En la idea cristiana apenas se encuentra a Nuestro Señor sin su Madre en ninguna parte. Si ponéis un cuadro de Jesús, ya estáis pensando en colgar enfrente otro de su Madre. Si colocáis en el huerto una estatua del Redentor, ya estáis buscando otro sitio para colocar otra estatua de la Corredentora. Si festejáis con devoción particular al Corazón de Jesús, ya estáis preparando tiempo al Corazón de María. Si pronunciáis el dulcísimo nombre del Salvador, ya sin sentir añadís el de vuestra Abogada.

¡Jesús María! es la exclamación más común entre nosotros.

Jesús y María son los dos polos de la devoción cristiana, en los cuales estriba y gira el eje de nuestra salvación y santificación.

2 — MARÍA ES MADRE DE GRACIA

Siempre se ha tenido esta verdad, honrosísima para Nuestra Señora, como uno de los pensamientos más ordinarios en la vida cristiana. Pero hoy los teólogos devotos de Nuestra Señora están aquilatando esta dulcísima verdad y aun tratan de que se declare sobre ella el juicio infalible de la Santa Sede.

Nuestro bien, sin duda ninguna, es Cristo. Y de tal manera, que solo él es capaz de darnos todas las gracias e infinitas gracias más que necesitásemos o nos quisiese dar Nuestro Dios. Toda la gracia que en este mundo se da o se ha dado o se ha de dar, todo es gracia de Cristo, gracia adquirida con mérito condigno por Cristo, gracia producida y causada en nosotros por el mismo Cristo nuestro Dios.

Ahora bien, Nuestro Señor Jesucristo en el orden de la gracia, aunque pudiera hacerlo todo por sí sin valerse de ninguna otra persona ni cosa, no lo ha querido, y así se vale ministerialmente de los sacerdotes, e instrumentalmente de otras criaturas, y moralmente de muchísimas. Entre otros están los Santos y Angeles, por cuya intercesión y ruego a tantos envía la salvación de su alma que nos mereció con su sangre.

Mas así como se sirve de unos Santos para unas gracias y de otros para otras, de unas criaturas se vale para unas ocasiones y de otras para

otras, y muchas veces obra el bien sin valerse de ninguna, por sí mismo, según su gran poder, así de la Virgen María nunca prescinde en la administración de sus gracias, y todas cuantas envía del cielo a los hombres todas las envía por mediación de María Santísima.

No digáis: Muchos han ido al cielo por la Virgen. Decid: todos.

No digáis: Muchos pecadores se han convertido por María. Decid: todos.

No digáis: Muchos se han santificado por María. Decid: todos.

No digáis, en fin: Muchas gracias se obtienen por medio de María. Sino decid: Todas las gracias se obtienen por medio de María, y no baja del cielo ninguna gracia de Dios que no venga por María, refrendada, obtenida, dada por ella.

¡Qué hermosa idea! y si es verdad, qué gran aliciente para que cada día amemos más a María y digamos con más confianza aquellas hermosísimas palabras: ¡Vida, dulzura y esperanza nuestra!

Pues venid y ved la maravilla de las maravillas. Una mujer disponiendo de los tesoros de Jesucristo en favor de los hombres. Una madre verdaderamente de nosotros de un modo, no igual, pero sí parecido a nuestro Padre Jesucristo. Una fuente no manantial, pero sí acueducto de todos los dones del cielo...

3 — LA CORREDENTORA

Iba a bajar el Verbo divino del cielo a la tierra. Y para entrar en el mundo escogió como puerta purísima, por donde sólo él había de entrar, a la toda pura y toda inmaculada Virgen Santa María. Y el que todo lo lleva a cabo *suaviter et fortiter*, pidió el consentimiento para ser hijo suyo a la pobre Virgencita de Nazaret. Bajó el ángel con la más trascendental embajada que se haya traído a la tierra, y propuso a María la encarnación en sus entrañas del Hijo de Dios, que había de redimir al mundo.

Entonces la Santa Virgen pronunció aquel *fiat*, «hágase según lo dices», y el Verbo encarnó... *Et Verbum caro factum est*...

Entonces empezó a engendrarnos en Cristo, de quien, los que habíamos nacido pecadores de Adán pecador, habíamos de nacer renovados y justos, parecidos a Jesucristo nuestro Santísimo padre.

Desde entonces nuestra Madre ocupa en el mundo el puesto de Corredentora de los hombres. Aquel *fiat* no sólo comprendía la dignidad de Madre de Dios y la formación de Jesucristo, sino que por él la Virgen se comprometía a padecer todo aquello que la Madre de Dios había de padecer junto a su Hijo, a ser la Madre dolorosa del Varón de dolores y a cumplir para redención de los hombres todo cuanto del Redentor y de su Madre estaba profetizado.

Al lado de Jesús aparece con sencillez, pero con constancia, su Madre.

María lleva las primicias de la Encarnación a casa de Isabel para San Juan, aún no nacido; María presenta a su Niño divino, flor recién salida del ramo de Jessé, a los pastores y a los magos; y María, sin duda, habla entonces en nombre del Verbo hecho silencio; María en el templo recibe las terribles profecías de los dolores que aguardan al Hijo y de la espada que amenaza a la Madre, profecías que el Santo anciano une como si las dos historias de la Madre y del Hijo fuesen una y no tuviesen más finalidad que la redención del hombre; María le conduce a Egipto y le cuida en Nazaret para el género humano.

Cuando pasó la vida privada, la primera gracia que hace Jesucristo, el primer milagro de su misión, lo hace por María. María le acompaña en su predicación; María le sigue por todas partes. Superior inmensamente a su esposo San José, y asociada de un modo singularísimo a la redención del género humano, la Providencia la conserva durante toda la vida del Hijo, y la dirige por donde quiera que el Hijo camina, y la mantiene constantemente al lado del Redentor.

Y como la obra por excelencia redentora de Cristo fué la Pasión y su muerte santísima, también ésta fué la hora en que la Madre hizo de un modo especial compañía al Redentor. Al pie de la cruz, donde Jesucristo nos estaba redimiendo, estaba la Madre dolorosa, de pie y constante,

ofreciendo a su Hijo y ofreciéndose a sí misma sacrificada con su Hijo por la salvación del género humano.

Veis ahí a nuestra segunda Eva, mucho más madre nuestra que la primera, la cual no busca el placer del fruto prohibido, ni obliga a Adán a prevaricar y dar la muerte a todos sus hijos que de él habían de nacer, sino que, llena de resignación y de dolores, acompaña al nuevo Adán a su muerte y ofrece para ella al Hijo queridísimo de sus entrañas, para que de este modo Jesucristo dé la vida a innumerables pecadores, a cuantos por el pecado de Eva, que hizo pecar a Adán, habían muerto.

Eva, al pie del árbol prohibido, tentada por el demonio, hizo caer a Adán, y por esta caída trajo la muerte y quitó la gracia a todo el género humano. María, hecha Madre de Dios por su asentimiento al ángel, hoy al pie del árbol bendito de la cruz arrostró su dolor y el del Hijo, que era mayor que el suyo propio, y así redimió o más propiamente corredimió con su hijo el Redentor al género humano.

No fué propiamente Eva la que hizo pecar al género humano, y si sólo ella hubiera pecado, no por eso hubiera pecado el género humano; pero haciendo pecar a Adán, que era nuestra cabeza, fué causa de la caída de todos los hombres.

Tampoco fué María la que salvó al género humano, y si ella sola hubiera padecido, no por eso el género humano hubiera sido salvo y redimi-

do. Pero engendrando, educando y ofreciendo a su Unigénito, por medio de Jesús nos redimió, y compadeciendo con él nos corredimió con él en la cruz, y logró ser asociada, en cuanto una criatura puede serlo, a la gran obra de la redención del linaje humano.

Y así como en Adán por Eva todos pecamos y morimos, así en Cristo por María todos somos salvos y santificados.

En fin, después que nuestro Redentor, concluída su obra, se fué al cielo, a su Madre dejó encomendada la primera Iglesia. Y al lado de María y después de la oración de esta Virgen, recibieron nuestros padres los Apóstoles al Espíritu Santo.

He aquí la dulcísima figura de nuestra Madre puesta en toda la historia de Jesucristo junto a nuestro Padre Jesús; nuestra Corredentora junto a nuestro Redentor; nuestra Madre de gracia junto al autor de la gracia; María junto a Jesús.

Eva inauguró una época infeliz en que el malvado Caín mató al inocente Abel.

María inaugura otra nueva era en la que el justo Abel con su sangre redime a su ofensor Caín.

4 — NUESTRA CELESTIAL ABOGADA

Pero vamos al cielo y veamos si todavía allí tenemos en María madre y abogada que mire por nosotros.

¡Oh! ¡y cómo que mira por nosotros! ¡y cómo

aun sin sentirlo nosotros está intercediendo ante su Hijo y su padre por sus hijos pecadores y mortales!

¿Queréis saberlo? Pues preparaos a oír la admirable omnipotencia y el universal valimiento de Nuestra Señora, para que os consoléis si confiáis en ella, para que os animéis si halláis dificultades, para que os aseguréis si tenéis vacilaciones, para que cojáis ya el cielo con las manos, si de las manos de esta Señora vivís asidos.

5 — MARÍA PUEDE MÁS QUE TODOS LOS SANTOS

No cabe duda de ello. Dice muy bien Suárez que, si fingiésemos que por circunstancias especiales, así como el ángel de Persia en tiempo de Daniel, pedía una cosa distinta y contraria a la que pedía Gabriel el ángel de los Hebreos, así todos los santos y ángeles pidiesen una cosa contraria a la que pidiese la Virgen María, más poderosa y eficaz sería la intercesión de esta Virgen que la de todos los santos.

Y por eso a ella principalmente, más y antes que a todos los santos, dirige la Iglesia sus oraciones.

«El mundo, dice San Anselmo, tiene sus apóstoles y sus patriarcas y sus mártires y sus confesores y vírgenes: buenos, excelentes protectores que yo quiero invocar suplicante. Pero vos ¡oh Señora Nuestra! vos sois mejor y más sublime que todos ellos... Lo que no pueden sin vos,

vos lo podéis sin ellos. Y ¿por qué? porque sois la Madre del Salvador, la Esposa de Dios, la Reina del cielo y de la tierra y de todos los elementos... Si vos calláis nadie rogará, nadie me ayudará. Si vos oráis todos me ayudarán.»

Y es que la Virgen Santísima por sí sola forma en el cielo un orden de alteza, en el cual sólo ella está unida con la más perfecta unión a su Divino Hijo, y ella sola es considerada más graciosa, más amable, más digna y en cierta manera infinitamente superior en mérito a los demás santos y ángeles, cuanto supera la dignidad de Madre de Dios a la dignidad de cualquiera criatura.

6 — LA ABOGADA UNIVERSAL DE TODAS LAS GRACIAS

Eso es en el cielo nuestra Santísima Madre. A otros Santos y aun a otros ángeles la providencia ha señalado a unos una clase de gracias, a otros otra, en la cual son especiales intercesores.

Pero María es abogada de todas las gracias. Y por eso los pueblos cristianos le dan todos los títulos de todos los remedios. Nuestra Señora de Gracia, Nuestra Señora de la Paz, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, de la Luz, del Buen Consejo, Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, Auxilio de los cristianos en las guerras, Sede de la Sabiduría, Causa de nuestra alegría... y no hay gracia que continuamente el orbe no esté pidiendo a María...

Es abogada de todos los países y sujetos del mundo. Los ángeles mismos tienen diversas partes encomendadas a su custodia. Una persona está encomendada a uno y otra a otro, una religión a un santo y otra a otro...

Mas la Virgen no tiene límites para su protección, sino que como reina universal, igualmente mira por todas las naciones, por todas las provincias, por todas las diócesis, por todas las clases de la cristiandad.

¿No habéis visto en las portadas de iglesias y capillas antiguas, alguna imagen de la Virgen protectora? Una Virgen graciosa teniendo en sus manos a su hijito, graciosísimo, más que ella, tiene sobre sus hombros un amplísimo manto. Dos serafines, y a veces cuatro o seis, lo extienden sonriendo por un gran espacio, y cubren debajo de él a los infelices que han acudido a la Virgen protectora. Allí están de todas clases. El rico, la señora, el labrador, la mendiga, el cojo, el huérfano, la pecadora, el vicioso, el militar, el sabio, el rey, el cura, el obispo, el papa con sus tres coronas...

Si cantasen aquellos ángeles de piedra, sin duda cantarían la dulcísima oración que dirige a la Virgen la Iglesia en su oficio: «Santa María, socorre a los miserables, ayuda a los pusilánimes, reanima a los que lloran, ruega por el pueblo, aboga por el clero, intercede por las mujeres consagradas, sientan tu auxilio todos los que celebran tu santo recuerdo...»

Y es abogada para todos los tiempos.

Otros Santos han sido abogados para algún tiempo y luego ha cesado su protección extraordinaria y su invocación frecuente, sea para siempre, sea para algún tiempo: así lo dispone en su orden misterioso la providencia.

Pero la Virgen en todos los tiempos se presenta como la protectora universal para todas las gracias, en todos los días del año, en todos los años de los siglos y en todas las épocas de la vida. Su nombre está enlazado en toda la liturgia de tal manera que no es posible dejarlo de los labios ni de la mente y corazón. Sus fiestas están sembradas por todo el calendario de tal modo que no hay día del año en que no se celebre alguna en algún sitio. El Avemaría se reza al principio de todas las horas y al fin de muchas de ellas. Santuarios de María se levantan en todos los pueblos del orbe, y altares de la Virgen en todas las iglesias de la tierra. ¿Qué casa cristiana no tiene una imagen suya en su morada? ¿Qué corazón católico no lleva una imagen suya en el pecho?

7 — LA MADRE DE LA GRACIA

Pero todo cuanto vamos viendo es tan poco, que ya para resolver cuánto es el valimiento de María, tenemos que integrar, por decirlo así, toda la cantidad de gracia de Nuestra Señora, y decir categóricamente que todas cuantas gracias

se dan desde el cielo a los hombres, sin excepción vienen por intercesión de María. Es decir, que si bien el autor de la gracia es sólo Jesucristo, y por eso la llamamos gracia de Cristo, pero toda la gracia que Dios por los méritos e intercesión de Jesucristo envía a la tierra, toda viene después de haber mediado en favor de cada uno de los agraciados, en cada gracia y en cada caso, la que por este título es llamada no ya la Madre de las gracias, sino la Madre de gracia, porque lo es de toda cuanta gracia sale de las manos de Cristo nuestro bien y Redentor amantísimo.

¿Qué rezáis en la salve todos los días? Estas dulcísimas palabras que derraman bálsamo en el corazón y en los labios que las pronuncian como deben: «Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra».

Y ¿no son exageradas estas palabras? Así lo han creído los protestantes ¡Así se han atrevido a insinuar aun algunos católicos! Pero la Iglesia que no sólo permite, sino manda rezar en el oficio y en la liturgia todos los días esta hermosísima plegaria, la más hermosa que después del Pater noster y del Avemaría existe en la Iglesia, sabe muy bien que ella es la síntesis, el compendio, la flor de todos las sentimientos más antiguos y venerados de los Padres y de la tradición cristiana que no puede engañarse.

Nuestros Padres, en efecto, la llamaban luz que esclarece al mundo, fuente de inmortalidad

y de gracia, raíz de la libertad de los hijos de Dios, respiración de los cristianos, causa universal de la deificación del mundo, reparadora de la familia humana, propiciatorio del mundo, esperanza de los cristianos, redención de los mortales, refugio, fuerza, recurso de la humanidad caída, Eva, en fin, salvadora nuestra.

Y para expresar con una comparación clásica lo que es María para nosotros, después de recordar que todos somos un cuerpo con Cristo, y que Cristo es nuestra cabeza y nosotros sus miembros, innumerables autores comparan a la Virgen Santa María con el cuello de este cuerpo santo, de manera que toda la gracia y la vida de nuestra cabeza se deriva a nosotros por medio de este precioso cuello, por el cual estamos unidos al centro de nuestra vida y de nuestra actividad, que es Jesucristo.

Y de otra manera, así como del manantial no llegan a nosotros las aguas dulcísimas sino por medio del canal o del acueducto, que une el manantial con nuestros labios, así de Jesucristo manantial de aguas vivas que saltan hasta la vida eterna, no llega a nuestras almas gracia ninguna que no descienda por este canal preciosísimo de oro de la Virgen Santísima Nuestra Madre.

Inútil y prolija tarea aducir autores que tengan esta opinión: ¡son tantos!

Hoy puede decirse que la sostienen casi comúnmente los autores más graves. En el campo

teológico flota insistente la idea de proponerla al sumo e infalible Pontífice para que la defina excátedra como verdad inconcusa e infalible en la Iglesia de Dios. A mí ciertamente cuando veo el empeño con que la Iglesia nuestra Madre por todas partes y en todas ocasiones nos excita al amor de Nuestra Señora, cuando veo la confianza y seguridad con que a ella acude en todas las necesidades, llamándola *Omnipotencia suplicante*, porque por sus súplicas lo consigue todo, cuando recuerdo la insistencia y seguridad con que los Santos y Santas atribuyen a María toda su felicidad, y todos los dones que del cielo han recibido, cuando leo las oraciones dulcísimas que la Iglesia y los fieles le recitan considerándola como universal bienhechora de la humanidad, cuando oigo a los más distinguidos predicadores y maestros de la vida cristiana las extraordinarias ponderaciones que a una voz nos hacen de la intercesión de María, cuando considero la grandeza y dignidad de María casi de Diosa, y su historia casi de redentora del linaje humano, y en fin, cuando leo en mi conciencia y en el libro de mi fe, que en mi corazón ha escrito la Iglesia con su continuada y santa educación... no puedo ni dudar por un momento de esta verdad, y estoy tan seguro en mi instinto católico de la validez de la intercesión de nuestra Madre de Gracia, que no dudo aplicarle aquellas palabras de los Proverbios que la Iglesia le aplica: «Todos los bienes me han venido con ella, e in-

numerables riquezas hay en sus manos». (Sap. 7. 11.) No dudo afirmar con San Bernardo: «Esta es la voluntad de Dios: que todo bien nos venga del cielo por manos de María». No dudo repetir con San Germán, patriarca de Constantinopla: «Nadie consigue la salvación sino por ti, ¡oh Santísima! Nadie se libra de males sino por ti, ¡oh Inmaculadísima! Nadie logra ningún don sino por ti, ¡oh Castísima! Nadie obtiene misericordia por gracia sino por ti, ¡oh Honorabilísima!»

Pero ya esta doctrina rebasa los límites de la autoridad privada y llega a los confines de la autoridad infalible de los sumos Pontífices, los cuales ya en muchos documentos públicos y solemnes se han servido de ella como de doctrina segura.

«Bien puede afirmarse, dice León XIII, que de todo el inmenso tesoro de toda la gracia, que nos ganó el Señor (puesto que la gracia y la verdad se nos ha hecho por Jesucristo) nada absolutamente se nos da a nosotros, sino por María: porque así lo ha querido Dios, para que así como nadie puede llegarse al Padre sino por el Hijo, casi del mismo modo nadie, si no es por su Madre, pueda llegarse a Cristo.» (Enc. de Rosar. 22 Set. 1891.)

Y nuestro Santo Padre Pío X en su hermosísima encíclica, en que proclama el jubileo para el quincuagésimo aniversario de la definición de la Inmaculada, expresamente en la primera parte no hace otra cosa que explicar esta doctrina

probando con hermosísimos y muy copiosos argumentos esta conclusión que en ella se lee a la letra: «De la comunicación de dolores y voluntades entre María y Jesucristo, nuestra Señora *mereció dignísimamente ser constituída reparadora de la humanidad perdida* (son palabras que toma de un ilustre discípulo de San Anselmo) y por tanto dispensadora de todos los bienes que Jesucristo nos proporcionó con su muerte y con su sangre.»

8 — ACCIÓN DE LA ABOGADA DE LA GRACIA

Según esta dulcísima doctrina, la Virgen, en primer lugar, puede conceder todos los dones y gracias que le pedimos a ella directamente, y en sus manos está, por decirlo así, la administración general de la gracia que del cielo llueve sobre nosotros.

Además, no sólo las gracias que a ella pedimos, sino todas las gracias que nos obtienen los Santos, pasan también por medio de María; de tal manera que los Santos, cuando nosotros no acudimos a la Reina de todos ellos, o se dirigen a ella directamente y por ella al Hijo, o, si se dirigen al Hijo, éste se dirige a la Madre y espera su beneplácito y mediación.

En fin, que, puesto que Dios da muchas gracias aun antes de que las pidamos, y para que pidamos la gracia también da la primera gracia, todo ello se nos da por medio de nuestra Madre,

general intercesora nuestra, que antes de acudir nosotros a ella, aun *no invocada* por nosotros, como decía San Anselmo, nos oye.

De esta manera, así como aunque no invoquemos a Jesucristo, nada se nos da si no es por la interpelación de Jesucristo ante el Padre, así aunque no invoquemos a María, nada se nos reparte si no es por la mediación de esta Madre de Misericordia de todos los hombres.

9 — NADIE SE SALVA SIN ESTA MADRE DE MISERICORDIA

Así, pues, no es sólo muy conveniente, sino muy necesario que todos seamos muy devotos de esta Madre de gracia y que recurramos constantemente a ella. Porque sin ella no somos nada, ni valemos nada.

¿Queréis libraros del infierno? Pues sólo por esta Señora os libraréis de él. Por lo cual se tiene de ordinario como necesario ser de alguna manera devotos de María para librarnos del infierno. «Venid conmigo a esta Virgen, decía San Ildefonso, para que no caigáis en el infierno sin ella. Venid: escondámonos bajo el manto de su poder, para no ser un día cubiertos de confusión como de un vestido». Y el seráfico San Buenaventura decía terminantemente: «El que dignamente la honre será justificado, y el que la desdeñe morirá en sus pecados. Sí, dulce Señora, lejos están de su salvación los que no saben conoceros...»

Y San Germán claramente nos asegura, según dijimos arriba, que nadie obtiene la salud, nadie se libra de males, nadie obtiene la misericordia, sino por esta dulcísima Virgen. Luego nadie obtiene verse libre del infierno y premiado con el cielo sino por esta Señora, por cuyas manos han de pasar todas las gracias con que nos libramos del infierno y adquirimos el cielo.

Y esta es la persuasión muy fundada de los autores piadosos: que los que, conociendo a esta Señora y su devoción, la menosprecian o miran con indiferencia, corren mucho peligro.

10 — NADIE SE CONDENA CON ESTA MADRE DE MISERICORDIA

Por el contrario, nadie que tenga verdadera devoción a María Santísima se condena.

¡Oh qué consuelo tan inmenso! Terrible duda la de los pobrecitos mortales que nos acercamos inevitablemente al juicio de Dios, en el cual se ha de resolver nuestra gran cuestión: ¿Me salvaré?... ¿Me condenaré?...

¿Quién es el pobrecito mortal que no haya sentido este escozor y este temblor diez, cien veces y más en su vida? Pues bien, una de las señales más seguras de salvación y de esperanza es la devoción verdadera a la Virgen María. Y no es ésta opinión de los teólogos o de los ascetas, o de los Santos o de algunos piadosos fieles... Es verdad creída por toda la Iglesia, es aire que se respira en la atmósfera de la cristiandad, es flor

que brota por doquiera en la teología, es instinto universal de todos los devotos, es voz común de todos los fieles.

¿Quién de vosotros no ha rezado mil veces aquella plegaria dulcísima de San Bernardo: «Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se oyó decir que uno sólo de cuantos acuden a Vos haya sido abandonado»? Es imposible (dice el gran doctor y santo asceta Alfonso M. de Ligorio en las «Glorias de María», libro el más hermoso que se ha escrito sobre la Virgen María), es imposible que un servidor de María se condene, si la sirve fielmente y se encomienda a su protección maternal.

«Oh beatísima, decía San Anselmo, así como el que vuelve la espalda y es desechado por ti, se condena sin remedio, así el que se vuelve a ti y es mirado por ti, es imposible que perezca». Y su excelente discípulo Eadmero, escribía confiadamente: «Haber recibido la gracia de pensar muchas veces y con gusto en María, es, según yo creo, una garantía de que se obtendrá la salvación.» «Nadie entre sus devotos ha perecido, decía el venerable Lanspergio.» «Si yo amo a María estoy seguro de la perseverancia, y obtendré de Dios todo cuanto quiera», acostumbraba decir San Juan Berchmans. Y ¿quién de nosotros no lo ha oído cien veces y no lo ha creído siempre que lo ha oído?

No porque sin gracia de Dios se pueda salvar nadie, sino porque el que es devoto de la Virgen

obtendrá o perseverar en gracia o recobrarla si la ha perdido, o morir al menos en ella.

No tampoco que pueda esperar esta gracia de la salvación el que confiado en ella se contenta con prácticas de devoción a la Virgen para entregarse después libre y seguramente a sus vicios y pecados; porque eso no es ni mucha ni poca devoción verdadera a la Virgen, sino una burla de devoción y una verdadera e intolerable presunción.

No, en fin, que baste cualquier pequeña devoción, como, por ejemplo, rezar un Avemaría o llevar una medalla en honor de la Virgen María. Es cierto que no pocas veces es tan buena nuestra Madre de gracia que por estos pequeños obsequios ha dado a muchos la conversión y la salvación, la gracia de arrepentirse de sus pecados y de librarse a tiempo del infierno; pero no se puede confiar en esto sólo, ni es ésta la verdadera devoción de María que requieren los doctores como prenda de salvación.

Pero si tenéis verdadera devoción a María, es decir, si en honor de la Virgen practicáis una serie de obsequios, por los cuales, hechos con verdadera y buena intención, se puede decir que sois devotos de la Virgen, yo os aseguro que o no caeréis en las tentaciones, o si, por vuestra desgracia, caéis, Dios os dará tiempo de levantaros y gracia de restableceros y no permitirá la bondad y la protección de Nuestra Señora que muráis en pecado.

Cuál sea la verdadera devoción y cuándo se ha de juzgar que existe no es fácil determinarlo. Pero lo podréis deducir de lo que dicen los Santos fervorosos, como, por ejemplo, San Alfonso M. de Ligorio, el cual recomienda como prenda de salvación las visitas a nuestra Señora, el rezo de su santo Rosario, el ayuno del sábado, la preparación para sus fiestas y el culto de ellas, el pertenecer a sus congregaciones, pensar y leer de ella y amarla y honrarla constantemente de otras maneras parecidas acudiendo a su protección.

Así como decimos que el que ora se salva y el que pide a Dios su salvación la consigue, porque Jesucristo nos lo prometió en el evangelio, y una de las señales más ciertas de que os habéis de salvar es el que se lo pidáis a Dios continuamente en la oración; así decimos (y lo decimos con toda seguridad y certeza) que el que es devoto de la Virgen se salva y no muere en pecado mortal. Jamás se ha oído decir que el que haya acudido a la Virgen haya sido abandonado.

Venid, pues, vosotros pobrecitos los que andáis en esa incertidumbre de si os salvaréis o si os condenaréis: sed devotos de la Madre de gracia y os salvaréis ciertamente.

Venid los que os sentís arrastrados por algún mal hábito a los vicios y pecados, y gemís en las cadenas y compromisos en que os habéis metido, y sin lograr salir de ellas tembláis de veros sor-

prendidos por la muerte antes que hayáis roto estas cadenas que os arrastran: sed devotos de la Virgen y pedidle frecuentemente vuestra salvación, que la lograréis.

Venid los que estáis envueltos en terribles tentaciones a las cuales sucumbís, tal vez gimiendo y renegando de vuestra esclavitud: encomendaos y servid bien a la Virgen, que ella os salvará.

Venid los que tenéis conciencias confusas y sois vuestro tormento y el de vuestros confesores, que no os pueden devolver la calma del espíritu. Oíd: sed devotos de la Virgen y ella os salvará. Creedlo y no lo dudéis.

II — SED DEVOTOS DE LA MADRE DE LA GRACIA

«Sed devotos de la Virgen, sed devotos de María, os diré con San Alfonso, y la Virgen os salvará. Si todos los que vienen a visitarme sacan de mi celda la devoción a María, esto les bastará para salvarse.» Si todos los que leéis estas pobres páginas sacáis este propósito, habré asegurado la salvación de cien mil y aun de más de cien mil lectores.

Cuando este santo anciano en los últimos años de su vida estaba ya acostado en su lecho de muerte, preguntaba un día ansioso a un Hermano si habían rezado el rosario. «Creo, le respondió el Hermano para tranquilizarle, que lo hemos rezado». — «¡Creéis, creéis!... ¿Pero estáis seguro? ¿No sabéis que de esta devoción pende mi salvación?»

Pues de un modo parecido os preguntaré yo: Lectores míos muy amados, ¿sois verdaderamente devotos de vuestra Madre la Virgen María?... ¡Creéis que sí!... ¡Creéis! ¡creéis!... No basta creer. Es preciso que os aseguréis. ¿No sabéis que de esta devoción depende vuestra salvación y aun dependen todas las gracias que en este mundo habéis de recibir?

Sed todo lo devotos que podáis de esta vuestra buena Madre y Madre de nuestro hermano mayor Jesucristo.

12 — HACED QUE LOS VUESTROS LE SEAN DEVOTOS

Madres que educáis en el camino de salvación a vuestros hijos, arraigad en las fibras juveniles de vuestros niños esta devoción. Así los tendréis seguros para el cielo.

Amos, enseñad esta devoción a vuestros criados. Así los habréis salvado.

Maestros, enseñad esta piedad a vuestros discípulos. Así los habréis dotado de la ciencia del cielo.

Confesores, insistid en este medio de adquirir la virtud y la santidad y la gracia final. Veréis cómo los pecadores se hacen justos, y los justos santos, y todos mueren en gracia de Dios.

Predicadores, predicad a la Virgen en todos vuestros sermones como el gran Maestro de los Predicadores Santo Domingo. Así transformaréis los pueblos más endurecidos.

Escritores, escribid y exhortad a esta virtud a todo el mundo. Dichoso yo si con mis pobres ideas logro ser escuchado de mis lectores y que me deban algo de su salvación.

Amigos, repartid muchos ejemplares de este librito y de otros mejores que éste acerca de la Virgen.

13 — Y VOS, MADRE DE GRACIA, SALVADNOS

Dios te salve, María, llena de gracia y sobrellena de gracia. Llena para ti y sobrellena para nosotros. Vida, dulzura y esperanza nuestra. Acordaos, oh piadosísima, que jamás se ha oído decir que uno sólo de vuestros devotos haya sido abandonado. Muestra que eres Madre. Estrella del mar, madre benigna de Dios, virgen perpetua, feliz puerta del cielo, tú que aun no rogada oyes, óyenos invocada, como te invocamos con las palabras de San Anselmo:

«Virgen singular, Virgen soberana y perpetua, la única Madre y Virgen Santa María... Yo os pido, aunque indigno, una cosa en nombre de vuestro amadísimo Hijo. Dadme a mí, miserable, un continuo recuerdo de vuestro dulce nombre. Que él sea el suave y delicioso alimento de mi alma. Que él esté presente en todos mis peligros, presente en mis alegrías. Siempre estarán a mi lado vuestra gracia y vuestra misericordia para protegerme. Aun cuando yo fuese sumergido en los abismos del infierno, vos vendríais a

buscarme y a sacarme para devolverme a vuestro Hijo Jesucristo Nuestro Señor que me compró y me lavó con su sangre divina.» (Ans. Orat. 49.)

Oh Señora, por vos están en la Iglesia los que están. Por vos están en el cielo todos cuantos se han salvado. Por vos salen del Purgatorio todos cuantos de él vuelan a la gloria. Por vos mueren bien todos los que bien mueren, y viven santamente todos los que santamente viven.

Y en todo el infierno no hay ninguno que te haya sido verdaderamente devoto en su vida.

Yo, pues, Señora, que no quiero condenarme, aunque lo merezca, yo que quiero vivir santamente en la Iglesia y morir piadosamente en la gracia y ser poco atormentado en el purgatorio y volar para verte al lado de tu Hijo hermosísimo y de tu Padre Santísimo, a ti me acojo, bajo tu manto me coloco, bajo tu amparo me refugio.

No soy yo Bernardo, tu melifluo siervo, ni Anselmo, tu devotísimo servidor.

No soy tu Ignacio de Loyola, ni tu Domingo de Guzmán.

No soy tu benjamín Estanislao, ni tu glorificador Alfonso de Ligorio.

No llego a la devoción de tu sierva Isabel de Hungría, ni de Teresa de Jesús.

Pero soy un pobre devoto tuyo, que espero en ti, y creo firmemente que tú eres mi vida, mi dulzura y mi esperanza, y que si algo he re-

cibido hasta ahora, lo he recibido por ti, y que, si me salvo, me salvaré por ti.

¡Ah! no permitas que algún día pueda decir nadie de mí: «Este pobrecito confió en la Virgen su Madre, y a pesar de eso salió condenado.» No lo temo. Antes me salvaré por ti, Puerta del cielo y Refugio de los pecadores, *quorum primus ego sum*, de los cuales yo soy el primero. Amén.